

La crisis de Ucrania ha cambiado las expectativas de la Cumbre de la OTAN que se celebra los días 4 y 5 de septiembre en Gales

## Una cumbre con TRES «ERRES»

**H**ACE tan sólo unos meses la próxima Cumbre de la OTAN se contemplaba como un pasar, parte de una liturgia que no prometía grandes novedades en una organización que, simultánea y paradójicamente, se debatía por negar una crisis evidente. Se trataba de una crisis de identidad, contenidos y procedimientos, que ha venido facilitando unas críticas de obsolescencia de la organización que, aún siendo apresuradas y superficiales, no dejan de tener alguna acogida y alguna motivación. A pesar de ellas, sin embargo, nunca ha dejado de latir la impresión, que creo correcta, de que vivir fuera de la OTAN es, en términos de seguridad, vivir fuera de la realidad, y que la organización es absolutamente necesaria para preservar la paz y seguridad mundial aunque de alguna confusa manera no sepa cómo serlo.

En 2014 los conceptos de Europa o Atlántico Norte se han quedado estrechos en la referencia de seguridad y defensa, de amenaza y gestión de crisis, de soberanía y valores. Es un tiempo de fragilización de las economías y de descontento social, de reducción de presupuestos en Defensa y falta de conciencia de la misma, de surgimiento de nuevas grandes potencias y potencias regionales. A la vez que esto ocurre, el escenario histórico es también nuevo, globalizado, hiperconectado, de migraciones masivas y realidades culturales y religiosas que hace tiempo han roto los diques de contención y frontera para mezclarse, convivir y, a veces, enfrentarse. Es el mundo 25 años después de la caída del Muro de Berlín. Y el desafío de la OTAN es adaptarse a él, dar un paso valiente al frente y transformarse para seguir siendo útil en la defensa de los valores que sobrevivieron a la II Guerra Mundial y la Guerra Fría.

Hace tan sólo unos meses lo que vengo describiendo era objeto de sesudas discusiones en los pasillos «bruselianos». Pero apenas emergía en algunos *think tank*, y desde luego no era objeto de debate en foros,



**Alejandro Alvargonzález San Martín**  
Secretario General de Política de Defensa

encuentros o cenas oficiales de altos responsables políticos. Así las cosas, la próxima Cumbre de la OTAN no concitaba grandes expectativas. Se preveía tratar sobre el paulatino repliegue de Afganistán y, a la vista de la ausencia de otras grandes operaciones militares, se abría paso el miedo al vacío, un miedo que se exorcizaba con llamamientos a mantener la interoperabilidad, la conexión entre las fuerzas armadas de los socios, los grandes ejercicios...

Y entonces llegó Putin, y mandó parar. La anexión de Crimea por parte rusa, la anunciada doctrina del derecho a proteger a minorías rusas con intervenciones armadas y la continuidad de tensiones en Ucrania oriental han producido un giro copernicano en la percepción de la amenaza. De pronto, el Oriente europeo siente que la historia asoma su hocico tras una esquina y vuelve a mirarlos a los ojos. La vieja Rusia rompe la baraja y reclama su espacio mientras Occidente se saca de la manga el as del derecho de los Estados a elegir su destino. La calma da paso a la sensación de que todo está patas arriba. Y la OTAN se reencuentra con paisajes de su querencia.

La Cumbre de Newport/Cardiff/Gales (que de las tres formas se viene llamando) el próximo septiembre está plenamente contaminada de Ucrania, y razones no faltan. La columna vertebral del programa se prevé que navegue por tres palabras: *reassurance*, *readiness* y *resources*. Será, así pues, la Cumbre de las tres «erres». La primera buscará asegurar la solidaridad de todos con aquellos socios que se sientan amenazados y tratará, en consecuencia, de adaptar los equilibrios de las tres misiones de la OTAN (defensa colectiva, gestión de crisis y seguridad cooperativa) a las actuales circunstancias. La segunda —*readiness*— procurará que las capacidades de la organización se adapten mejor al escenario oriental. La tercera —*resources*— fijará objetivos de inversión y esfuerzo presupuestario en materia de defensa entre unos miembros —la mayoría— no muy proclives a exigir sacrificios extra a sus descontentos ciudadanos.



¿Y España? España entiende que una alianza es un ejercicio de solidaridad, un pacto en el que tu palabra —y por tanto tu credibilidad— está en juego, y un esquema de reciprocidad que nada recoge tan bien como la vieja frase de «hoy por ti, mañana por mi». Por ello ha ofrecido a la OTAN capacidades muy generosas que pueden ser desplegadas en el Este europeo si acaso la organización lo considera preciso. Así cubrimos la «erre» de *reassurance*, bien es cierto que aclarando que los puentes de diálogo con Rusia deben protegerse.

De otro lado, estamos de acuerdo en que el equilibrio entre las tres misiones de la OTAN y su adaptación a escenarios cambiantes es algo obligatorio, pero al decirlo así recordamos que las amenazas son variadas y su procedencia geográfica también lo es. Olvidar que existe un flanco sur donde enemigos de nuestros valores intentan asentarse para golpearnos, a nosotros y nuestros vecinos de la ribera sur mediterránea, sería una irresponsabilidad. Exigencia de solidaridad con nuestros aliados del Este, por supuesto, y exigencia de solidaridad frente a otras potenciales amenazas, como las que crecen al Sur, como Oriente Medio...

Y, por fin, por lo que se refiere a los recursos cabe una reflexión similar. Hace pocos días un debate de la muy británica Cámara de los Lores deslizaba una idea por otro lado evidente: un aliado es fiable

en función del esfuerzo que realice para mantener sus Fuerzas Armadas al día. De lo contrario puede pasar de ser exportador de seguridad a importador, y no es leal caer en ello por desidia. Sin embargo, no todo puede medirse en porcentajes del PIB dedicado a Defensa. España, por poner nuestro ejemplo, ha reducido el presupuesto en Defensa de forma dramática y, sin embargo, sigue participando en todas las misiones de la UE y OTAN y en algunas de Naciones Unidas, ofrece su cooperación en la defensa antimisil y ha mostrado su disposición a estar presente en el oriente europeo. España sigue cumpliendo, bien que las necesidades presupuestarias sean una realidad incontestable.

Todo indica que la Cumbre de Newport será exitosa. Y, sin embargo, me inclino a pensar que también dejará alguna sensación agri dulce, una suerte de impresión de que no sólo son las mencionadas las verdaderas amenazas, y de que el mundo —como trataba de explicar más arriba— ha cambiado y seguimos teniendo una reflexión pendiente que haga de la OTAN quien sabe si un actor más global, mejor conectado a otros países con los que compartimos una cosmovisión social y política, y auténtico interlocutor global ante los desafíos que nos guarda el siglo XXI, que no serán pocos para una cultura acostumbrada a que prevalezca y se extienda la democracia. Pero eso es ya harina de otro costal, y en las circunstancias actuales puede incluso que lo mejor sea, en efecto, enemigo de lo bueno. Veremos. ■

*España ha ofrecido  
capacidades que  
pueden ser desplegadas  
en el Este europeo*